

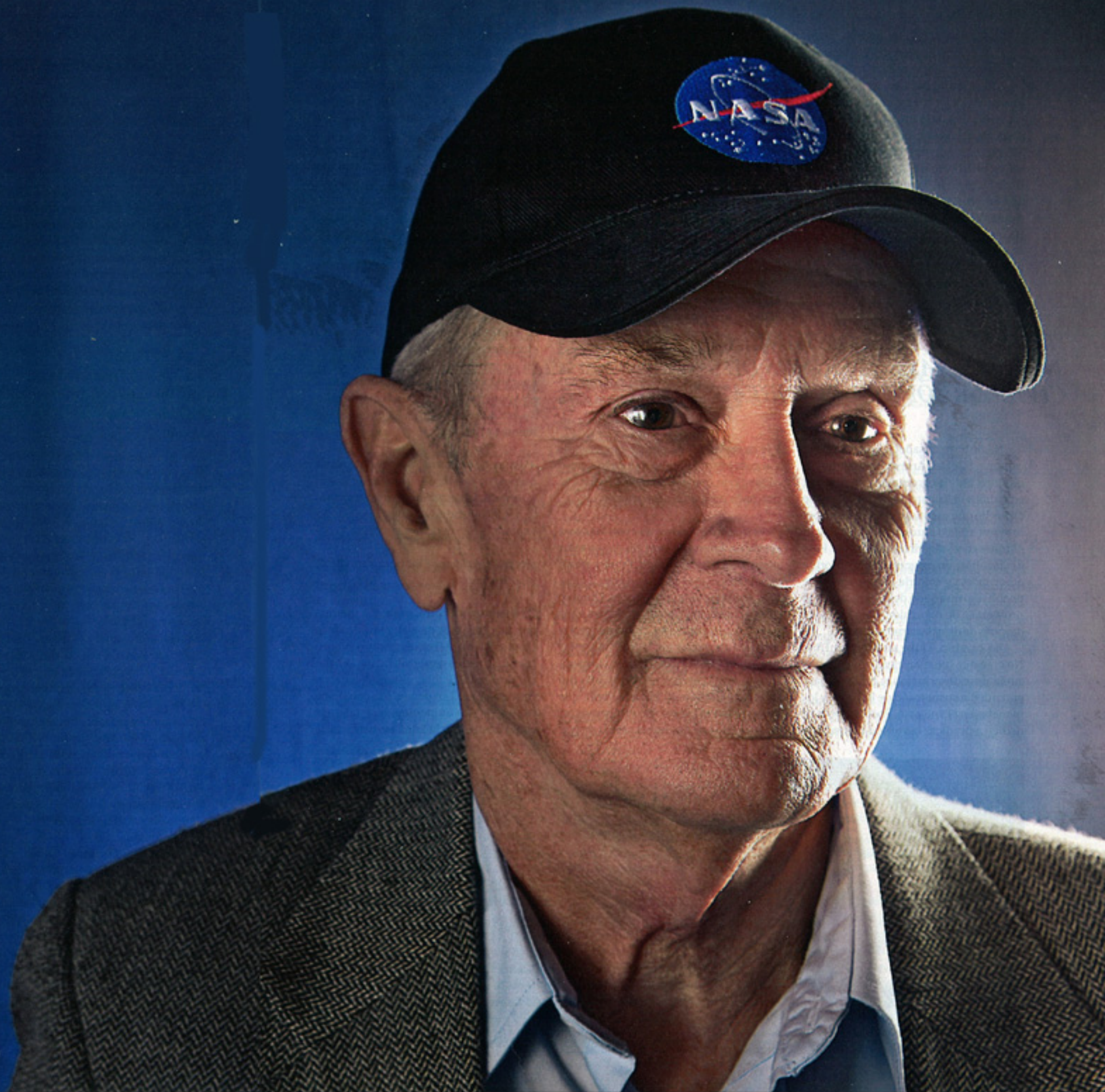
Charles DUKE

“La Luna es hermosa y dramática”

Es una de las 12 personas que han pisado la Luna. Su misión, hace 40 años, fue intentar comprender su composición geológica. Al volver a la Tierra encontró la calma en Dios. Aquí rememora el impacto que un viaje tan alucinante supuso en su vida.

Por *Jesús Ruiz Mantilla*

Fotografía de *James Rajotte*



Al general Duke no le importa fotografiarse rodeado de chavillos. Asegura que ha venido a Madrid para eso, para alentar los sueños de los más jóvenes y para apoyar la difusión de la exposición NASA. *La aventura del espacio*, que muestra más de 300 piezas originales del programa espacial de EE UU y que estará abierta hasta el 15 de junio en el Pabellón XII de la Casa de Campo. Charles Duke (Charlotte, Carolina del Sur, 1935) es un privilegiado. Ha tenido la suerte de pisar la Luna. Solo 12 personas lo han hecho en la historia, y él es uno de ellos. Fue en la misión del *Apolo 16*, que partió de Cabo Cañaveral en 1972 y duró 11 días.

“DESDE AQUELLA DISTANCIA NO APRECIAS LOS SIGNOS DE CIVILIZACIÓN DEL PLANETA”

Nadie ha regresado de aquel lugar sin cambiar. Si a Neil Armstrong, el primero de todos, le dio por recluirse y no aparecer en público ni firmar autógrafos –algo que ha hecho que se coticen sus garabatos por Internet a 5.000 euros la pieza–, a Edwin Aldrin le costó digerir la experiencia. Pese a estar ahora en un gran estado de forma octogenario y soltarle un sopapo hace poco a uno que dudó de la hazaña, sufrió problemas de depresión y alcoholismo después de dejar la carrera espacial.

En cambio, Duke encontró a Dios. No cree que fuera en el viaje pese a que suele usar descripciones bíblicas para entender la suspensión de la Tierra y los planetas en el universo. Poco después se dedicó a predicar la verdad divina, que

alterna con su dedicación a los negocios en Tejas, tanto en una compañía de gas como en otra que abastece de material precisamente a la NASA.

Hoy disfruta recordando aquellos tres días que pasó pisando el polvo gris de la Luna y recopilando rocas para entender la composición geológica del satélite. Dice que aquello era tan bello como dramático. Blanco y negro. Luz y oscuridad.

¿Regresa uno cambiado después de haber viajado a la Luna? Cambias en cuanto a lo que recuerdas. Te invade una memoria fascinante. No se trata tanto de una experiencia espiritual ni filosófica,

eso me ocurrió después. Fue una impresionante aventura. Yo adoraba volar, era piloto de combate y viajar a la Luna suponía el último destino. Lo más alto a lo que podías aspirar.

Y lo cumplió. Así es, pero lo preparamos tan concienzudamente, tan paso a paso, sabiendo lo que nos íbamos a encontrar, que nada nos podía decepcionar.

Debe de ser algo que se vive con los cinco sentidos, intensamente. Sí, debes estar plenamente concentrado. Puedes morir si cometes el más mínimo error. Estábamos perfectamente entrenados. Durante horas y horas nos preparamos para abordar cualquier supuesto, cualquier probabilidad. La anticipación ante el “vámonos” fue tan completa que cuando despegamos ni nos lo pensamos. No existía por nuestra parte incertidumbre, nada que se pareciera al miedo. No estábamos ansiosos siquiera. No había rastro de pre-

guntas, de dudas, ese qué estoy haciendo, adónde voy, estás loco, nada. Los siguientes 11 días, la pregunta habitual en nosotros era: ¿y ahora qué?, ¿qué más? El esperar el alunizaje, la exploración, la belleza con la que nos topáramos...

Eso debió de ser la primera sorpresa. ¿Qué fue lo más hermoso? Pues nada más salir de la órbita terrestre, observar nuestro planeta. En tres minutos, cuando pudimos mirar desde la ventana, se nos apareció ese azul profundo del océano, la atmósfera que teñía después ese tono de blanco, cómo todo se evaporaba y todo quedaba al alcance de tus ojos.

¿Vas dejando atrás las dimensiones por la ventana? Pues sí y recorriendo no ciudades o nubes, trozos de tierra como en un avión, sino continentes, y de la apariencia de fuego que observábamos en África pasábamos al Índico y de ahí a Australia dejando atrás incendios o tormentas y rayos.

Alejarse de la Tierra ya debe de ser una impresión fuerte. Cerciorarse de que es muy parecida a como se ve en los mapas. Sí, y a la velocidad a la que íbamos. Rodeamos la Tierra una vez y media.

¿En cuánto tiempo? En hora y media dimos una vuelta...

Qué pequeño es esto, oiga. Y a medida que nos alejamos de ella, más; desde la Luna es ínfima. Mi primera impresión en cuanto lo vimos desde allí no fue la belleza, sino la distancia: ¡Estamos lejos de casa!, me dije. Tan pequeñita, como una canica que se empequeñecía, además como ocurre con la Luna en sus fases, la



Vida y milagros de un astronauta

Charles Duke (Charlotte, Carolina del Sur, 1935) partió en 1972 rumbo a la Luna a bordo del *Apolo 16*. Había sido piloto de combate, y aquella aventura suponía para él lo más alto a lo que podía aspirar. Fueron once días de misión para explorar la geología lunar sobre una superficie montañosa. Una vez allí, era tan grande la emoción que resultaba imposible conciliar el sueño sin ayuda de pastillas. “Trabajar en la Luna, explorar, cansa. Todo era agotador”. Pero de vuelta a la Tierra, nada volvió a ser tan extraordinario.

La cruda realidad cotidiana se impuso en la vida de este astronauta que solo vivía para trabajar y había olvidado a su familia para volcarse en una carrera estelar. Su esposa estuvo a punto de suicidarse y después encontró a Dios. Duke siguió los pasos de ella: “Dejé el ejército y me entregué a Cristo”. (En la foto, con 36 años, cuando era parte de la tripulación del *Apolo 16*).

Tierra se ve igual desde allí y solo acertábamos a observar la mitad. Pero también al alejarnos disfrutábamos la vista de lo que nos dejaban las nubes, desde el Ártico, bajando por Canadá, Estados Unidos, Cuba, Jamaica... Todo de una vez se nos aparecía a una distancia de 40.000 kilómetros. Con esos colores que van del marrón al blanco cristalino, al azul... Todo suspendido en la oscuridad. Ninguna fotografía es capaz de captar esa emoción que te recorre. La oscuridad del espacio, como de terciopelo, y a tu alcance.

Eso, otra dimensión. ¿Se lo imaginaba así? Es mucho más bello de lo que pensaba. Más dramático también.

¿Nada que ver con lo que le contaban quienes habían hecho el mismo viaje? No, te dejaba sin aliento. Era alucinante. Desde aquella distancia no aprecias los signos de civilización, las ciudades, las luces.

Solo ves un círculo, una pelota. Quizá las líneas de la costa... poco más.

Y quizá pierdes la conciencia de que contiene vida, solo observas una cosa, un objeto. Sí, la Tierra sin rastros de vida.

Se pierde la conciencia de ciertas palabras: ¿país, por ejemplo? Eso, el concepto de frontera.

¿Y el concepto de vida? Bueno, pues te planteas que somos únicos, una especie, sin razas que importen, sin separación. La Tierra y ya. Muchos la han visto desde esa perspectiva como algo frágil. Pero yo no la aprecié así.

Fuerte, indestructible, tampoco la vería. No, pero sí como en posesión de una propia dinámica que englobaba la vida y el medio ambiente y que en muchos aspectos se autopurificaba.

Lo que usted apuntaba sobre la propia suspensión en la oscuridad del espacio otorga a la Tierra una especie de identidad e independencia y autosuficiencia propia. ¿Es eso? Hay un pasaje de la Biblia que habla así. Yo entonces no lo meditaba en esos términos, pero luego lo hallé exacto. Es de Isaías: "Dios posa su trono sobre el círculo de la Tierra". Y otro de Job que reza: "Cuando Dios creó el mundo, lo implantó en medio de la nada". Y es exactamente así como se nos aparece desde allí.

Como cualquier planeta. La suspensión en el amplio sentido de la palabra. Lo que fue aquello es algo que podemos definir como la mayor maravilla del mundo. Eso fueron los 11 días que dediqué a la misión: la maravilla. Cada hora pasaba algo que nos asombraba, nuevo, nunca hecho ni experimentado, desde usar el baño hasta prepararte una comida, todo era nuevo. Dormir... Y era extraño porque en un lugar tan pequeño, tan angosto, nos sentíamos no solo cómodos, sino absolutamente libres.

¿Qué fueron ustedes a hacer allá en el 'Apolo 16'? Nuestra misión consistía en explorar la geología. Armstrong aterrizó en el Mar de la Tranquilidad, era a nivel del mar, nosotros debíamos hacerlo en un valle rodeado de una cordillera que quedaba a unos 3.000 metros de altura sobre ese nivel del mar. Eran las montañas. Los expertos habían observado unas características geológicas especiales en aquel lugar y querían que aterrizáramos allí. Nos mostraron una fotografía, nos preguntaron si podríamos llegar allí y dijimos que sí.

¿Fue difícil? Fue complicado. Una nave espacial aterriza como un helicóptero. Eliges un lugar más o menos plano, como un cráter. A los 20 metros empiezas a revolver polvo y es como bajar en mitad de la niebla. Cuando estás más o menos a un metro, se ilumina el espacio donde te posas, paras el motor y cae. Esa caída es un golpe brusco y sientes el impacto.

¿Duele? No, nada, porque no es una caída muy fuerte. Simplemente tu cuerpo flexiona un poco, pero no te haces nada de daño. Pero una vez paras, el polvo vuelve al suelo y nosotros, sobre todo, nos tranquilizamos porque lo habíamos hecho con seis horas de retraso. Habíamos llegado a unos 200 metros de donde se suponía que lo haríamos y las montañas quedaban ahí, alrededor nuestro.

Y cuando salieron de la nave, ¿qué sensación tuvieron? En la piel, me refiero. Eso te deja sin aliento. Te dices, ya llegué. Estoy aquí. Das tu primer paso y no precisamente de manera cauta. Saltas directamente a la superficie, te tiras. Sabíamos que pisábamos terreno firme. Nos sentíamos seguros y cómodos. Ayudaba el hecho de que habíamos estudiado todos los mapas durante meses y reconocíamos

perfectamente el terreno. Es como si ya hubieras estado. Nos impresionaba una sensación contradictoria. Por una parte, nos veíamos en un paisaje desolador, y por otra, lo encontrábamos precioso. Era el desierto más increíble que habíamos visto. Un desierto gris, con rocas que alternaban también, según la luz, el negro o un tono volcánico.

¿Alguna materia que les sorprendiera? No y sí. No, porque lo habíamos estudiado y visto en el laboratorio, y sí, porque era la primera vez que estábamos allí, pisándolo. Lo nuevo que nos encontramos teníamos el reto de describirlo, nuestra misión era esa. Observar y llevar

"MUCHOS HAN VISTO LA TIERRA COMO ALGO FRÁGIL. YO NO LA APRECIÉ ASÍ"

muestras de piedras que no se hubieran visto antes. Los científicos lo esperaban con ansia. Era un lugar desolador, pero aun así lo que te invadía era el orgullo de pisar un lugar en el que nunca nadie había estado antes.

En el sentido científico, con el tiempo transcurrido, ¿se puede decir que tuvo éxito su misión? Como decía, nuestra labor consistía en ayudar a comprender la composición geológica de la Luna. Antes de que nosotros llegáramos existían cientos de teorías, y cuando los viajes de la misión Apolo concluyeron, pudimos certificar que algunas eran ciertas y otras no. Aunque llegamos a generar un número equivalente de nuevas teorías.

¿Más confusión? Tampoco, estos nuevos cientos resultaban más atinadas. Sobre lo que fueran. Pero creo que contribuimos a clarificar.

¿Cuánto tiempo estuvieron allá? 71 horas y 15 minutos. Tres días.

¿Y cómo fueron los turnos de trabajo? Comíamos algo, nos vestíamos, comprobábamos todos los equipos, lo que podía llevarnos más de tres horas, abríamos la puerta, explorábamos como máximo 7 horas y 45 minutos, regresábamos dentro, cerrábamos la puerta, nos quitábamos el traje y lo preparábamos para el día siguiente, comíamos de nuevo, hablábamos con Houston y a dormir. >

> **¿Qué comían?** Alimentos sin hidratos, no teníamos agua caliente, luego era comida fría... Zumos, café frío, pero era lo de menos. Teníamos comida para alimentar a todo el ejército romano, compuestos energéticos incluidos.

Debían de estar en forma. En plan Superman. Bastante, no hechos unos jinchos, pero sí en forma. Trabajar en la Luna, explorar, cansa. Entrenas para moverte con el traje, aguantar un martillo con el que golpear el terreno, todo era agotador. No es que debiéramos sacar músculo, pero sí tener las constantes cardiovasculares en orden.

“LO QUE CAMBIÓ MI VIDA FUE MI RELACIÓN CON CRISTO. VEO A DIOS EN EL UNIVERSO”

¿Conseguían conciliar el sueño con tanta excitación? La primera noche, no. Fue justo al aterrizar, y estábamos tan nerviosos que solo lo logramos con pastillas. Imagínate: ¡Estamos en la Luna! ¿Quién quiere dormir?

Y tanto. Fiesta es lo que les debía de pedir el cuerpo. Desde luego. Queríamos experimentar todo lo que vimos después. Ese brillo que emanaba de la superficie y que nos deslumbraba en tensión con la oscuridad que todo lo rodeaba.

Blanco y negro. Muy exacerbado, hermoso y dramático. Aunque más que blanco y negro, era de un gris deslumbrante.

¿Cuánto tardaron en volver? 72 horas, lo mismo que en ir. Podrías hacerlo en dos horas y media, pero consumirías tanto que no hay capacidad para almacenarlo.

¿Y la seguridad les agobiaba después de lo que ocurrió con el ‘Apolo 13’? Bueno, entendimos bien aquellos fallos, pero cuando dependes de la tecnología sabes que esta puede volver a fallar. Hay dos momentos clave: cuando despegas de la Luna y cuando abandonas su órbita; si en esas maniobras fallas, tienes un problema. Si las salvas, puedes estar tranquilo.

Dice usted que la experiencia no le cambió desde un punto de vista espiritual. Permítame dudarle. Bueno... Cambia tu perspectiva de lo que somos en la Tierra. Llegas a la conclusión de que somos úni-

cos. Orgánica y anímicamente. He podido revivir esta aventura frente a muchas personas. Antes pensaba que ese mundo sin fronteras y sin razas que había llegado a ver me había llevado a la conclusión de que debíamos amarnos y apreciarnos y respetarnos los unos a los otros para seguir adelante. Eso decía, pero por otra parte me examinaba por dentro y pensaba: “Pero si no amas ni a tu mujer. ¡Eres un hipócrita! Tu matrimonio se derrumba y tu esposa está al borde del suicidio”.

En serio, ¿tan desesperada andaba? Sí, sí, nuestro matrimonio se iba a pique, teníamos dos hijos, todas nuestras responsabilidades contraídas y un marido que no la amaba y que solo se preocupaba de su carrera.

¿Absorbido? Sí, sí, la carrera era lo primero, después la familia y Dios lo último.

No es que fuera un ateo, creía en Dios y me consideraba cristiano, pero me limitaba a ir a la iglesia sin más. Creía que podía existir Dios, pero no le permitía que se metiera en mis asuntos. Entonces mi mujer, cuando casi se quita la vida, empezó a creer a fondo. Se entregó a Cristo y vi cómo su vida cambió. Se convirtió en alguien alegre, llena de paz y capacidad de perdón. Mostraba una memoria de elefante para los detalles de nuestra vida y yo no tenía idea de qué me hablaba. Dios nos dice que si no perdonamos a nuestros semejantes, no nos puede perdonar a nosotros. Le hizo poder perdonarme hasta a mí. Le llevó dos años, fue un proceso lento, pero yo me convencí de su buena disposición, dejé el ejército y me metí también en lo mismo. Me convencí de que su cambio era sincero, real, comencé a creer y me entregué a Cristo.

Ya. Entablé una nueva relación con Jesús, me transformó. De verle fuera, le hice penetrar dentro de mí y mi vida cambió. Comencé a leer la Biblia y a ordenar mi vida, mi matrimonio y a cambiar mis prioridades.

¿En qué orden? Como nos enseña la Biblia: busca primero el reino de Dios. Te das a él y luego le pides: ayúdame con mi matrimonio, con mis negocios, y entonces todo comienza a clarificarse.

Así de fácil. Bueno, desde que caminamos al lado del Señor, y ya va para unos

años, desde 1978, nos ha salvado: él nos ha proporcionado el amor verdadero para todos los que nos rodean. No vemos diferencia entre las razas, entre nuestros vecinos, así me ha cambiado Dios y así sigo con mi tarea de predicamento. Hablar de mi experiencia en la Luna es algo que hago en contadas excepciones y centrándome en lo bueno que es el trabajo en equipo, la importancia de la ciencia y la formación para animar a la juventud a soñar. En esos términos lo planteo. Pero si alguien me pregunta qué es lo que realmente cambió mi vida, fue mi relación con Cristo, eso fue lo fundamental. Y ahora veo a Dios en el universo. Los cielos declaran la gloria de Dios, como dice la canción, y lo veo en el orden universal.

¿Como una lógica? Como una lógica, como el diseño del universo. ¿Qué es un cuerpo humano? Pues un diseño enrevesado, complicado, que funciona.

Pero ¿cómo es para usted Dios? ¿Un semejante? ¿Un orden moral? Un hombre, es la Biblia la que nos traslada un código moral, pero Dios es un semejante. Una persona como Cristo, como nos dice la Biblia, que si lo miramos, veremos a la representación de Dios, porque él lo es, es su hijo. Un hombre de espíritu, lleno de amor para todos nosotros, alguien en quien nos podemos sentir reflejados, que está vivo y que ha mandado a su Espíritu Santo para protegernos. No lo he visto, pero lo llevo dentro de mí.

Ya, sí, a Cristo podemos imaginarnoslo, pero a Dios... ¿No es más una idea? ¿Un conocimiento? No, es un creador, tiene un conocimiento infinito que no puedo entender, no puedo llegar a saber cómo creó el universo.

Pero usted podría tener otra perspectiva, más ventajas en ese sentido, porque ha traspasado físicamente a otra dimensión. ¿No le cambió la visión más allá de la que tenemos aquí, en la Tierra? Él es el creador y está incluso fuera de la creación; si lo hizo fue para mostrar su poder y su gloria. En eso incluyo a la especie humana, pero eso lo hizo porque quería una relación con alguien que lo pudiera llegar a entender. No sé por qué, ni alcanzo a entender cuál es la razón por la que deseaba esto, pero el hecho es que era así. Era cuestión de amor, crear algo a su imagen y semejanza, nada que ver con los animales. ●